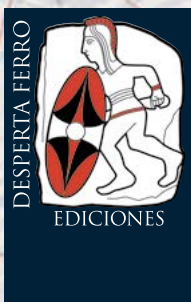


BARRY CUNLIFFE

Océano

Una historia de conectividad
entre el Mediterráneo y el Atlántico
desde la prehistoria al siglo XVI



Océano

DESPERTA FIERRO

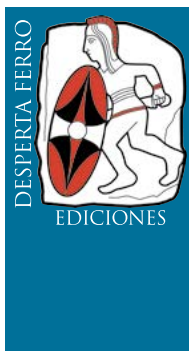
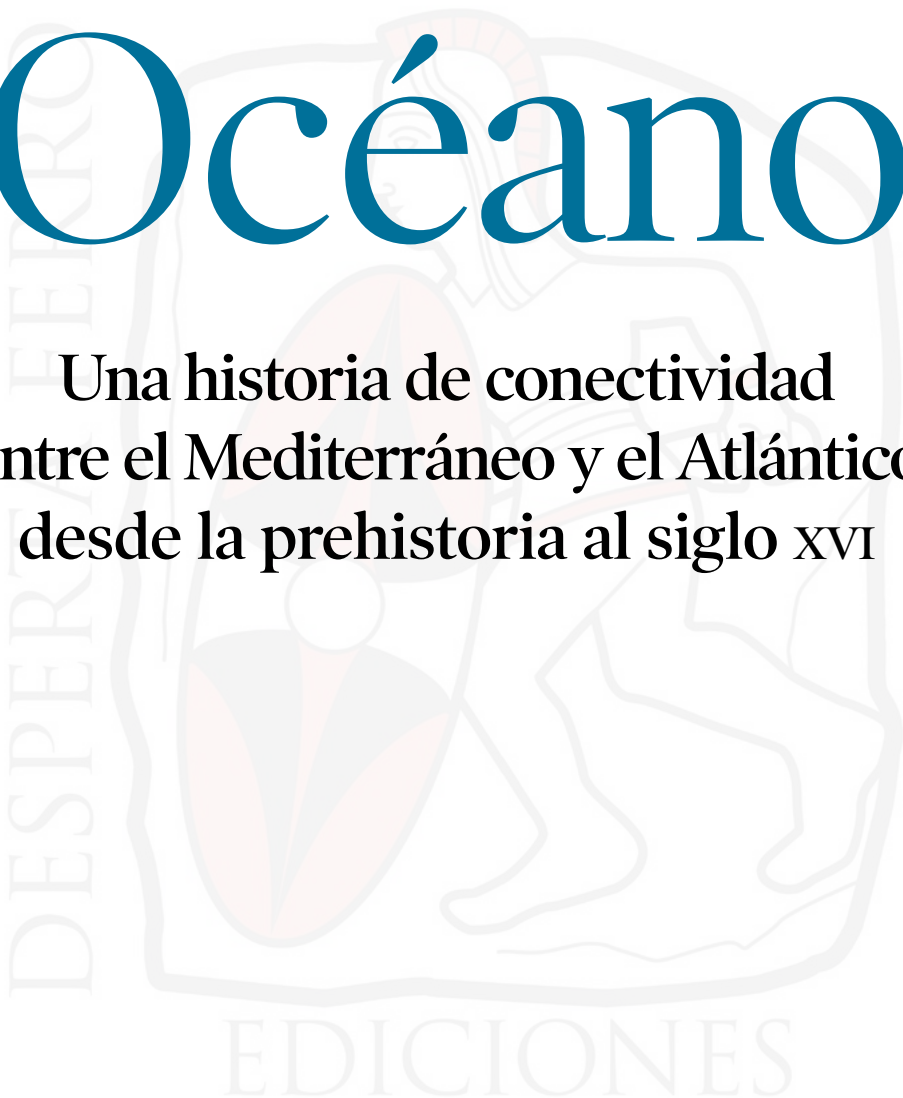


EDICIONES

BARRY CUNLIFFE

Océano

Una historia de conectividad
entre el Mediterráneo y el Atlántico
desde la prehistoria al siglo XVI



OCÉANO

Una historia de conectividad entre el Mediterráneo y el Atlántico desde la prehistoria al siglo XVI
BARRY CUNLIFFE

Título original: *On The Ocean. The Mediterranean and the Atlantic from Prehistory to AD 1500.*

On the Ocean was originally published in English in 2017. This translation is published by arrangement with Oxford University Press. Desperta Ferro Ediciones is solely responsible for this translation from the original work and Oxford University Press shall have no liability for any errors, omissions or inaccuracies or ambiguities in such translation or for any losses caused by reliance thereon.

On the Ocean se publicó originalmente en inglés en 2017. Esta traducción se publica según el acuerdo con Oxford University Press. Desperta Ferro Ediciones es el único responsable de esta traducción de la obra original y Oxford University Press no tendrá ninguna responsabilidad ante errores, omisiones, inexactitudes o ambigüedades en dicha traducción o ante cualquier pérdida causada por la confianza al respecto.

© Barry Cunliffe 2017
ISBN: 978-0-19-875789-4

© de esta edición:
Océano
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-949540-8-5
D. L.: M-23854-2019

Primera edición: septiembre 2019

Traducción: Jorge García Cardiel
Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Cartografía original: Encompass Graphics Ltd.
Adaptación de la cartografía original: David Sancho Bello
Revisión técnica: Alberto Pérez Rubio
Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2019 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Grupo Jomagar

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

DESPERTA FERRO



Para Sean McGrail

EDICIONES

CONTENIDO

Prefacio	VIII
1. <i>Those in Peril on the Sea</i>	1
2. El combate que llaman navegación	37
3. Hacerse a la mar	75
4. Dos mares, muchas respuestas, 5300-1200 a. C.	119
5. El caldero del Mediterráneo oriental, 5300-1200 a. C.	167
6. Explorar los confines del mundo, 1200-600 a. C.	217
7. Acerca de los barcos y las velas: un interludio técnico	265
8. Explorar el océano exterior, 600-100 a. C.	293
9. La comunidad atlántica, 100 a. C.-500 d. C.	335
10. Un final y un comienzo, 300-800	379
11. La era de los hombres del norte, 780-1100	425
12. El nuevo orden europeo, 1100-1400	475
13. El océano conquistado, 1400-1510	515
14. Reflexiones acerca del océano	551
Glosario de términos náuticos	562
Guía de lecturas complementarias y fuentes de las ilustraciones	568
Índice analítico	620

PREFACIO

La gente que vive en ese espacio liminal entre la tierra y la mar suele ser afortunada. No solo disponen para su sostén de los recursos de los dos mundos contrapuestos, sino que, además, la mar se hace presente en su ánimo de otra guisa, retándola, exigiéndola un compromiso. Su acicate ha espoleado el desarrollo tecnológico y ha permitido a los humanos aprovechar el poder de los vientos y las corrientes; ha estimulado el pensamiento abstracto sobre la naturaleza del mundo y el universo y ha dado rienda suelta a la innata curiosidad humana que ansía una movilidad sin cortapisas. La mar, en fin, sirve de inspiración a las personas: las engatusa y atrae a su presencia y guía sus grandes gestas. Mas la relación entre los humanos y la mar ha sido siempre ambigua. La mar tiene mucho que ofrecer, pero está viva y es de natural obstinada e impredecible, por lo que, en cualquier momento, puede volverse contra el intruso. Es bien sabido que la mar es extraña y peligrosa, pero pocos pueden resistir su desafío.

Este libro versa sobre la competición disputada entre los seres humanos y la mar, con la historia europea más temprana (que incluye, evidentemente, la prehistoria) como telón de fondo. Contrapone el abarcable Mediterráneo con el infinito Atlántico y explora la relación entre ambos y las diferentes cosmovisiones que cada uno engendró. Y es que la arqueología está ampliando con rapidez nuestros conocimientos al respecto. Nos permite comenzar a otear los inicios de la navegación, cuando los cazadores paleolíticos emprendieron, vacilantes, la exploración de las grandes islas del Mediterráneo oriental; evidencia las asombrosas hazañas de los fenicios y nos permite seguir el rastro de las singladuras atlánticas de los comerciantes bizantinos, bien dispuestos a perseguir nuevos horizontes que los alejaran de un mundo mediterráneo que se estaba desmoronando. La arqueología subacuática, por su parte, se desarrolla a buen ritmo y facilita el descubrimiento de nuevas embarcaciones, como las halladas en las ciudades portuarias de Thonis-Heracleion en el delta del Nilo, el puerto teodosiano de Constantinopla o la ciudad altomedieval de Roskilde, en Dinamarca. Descubrimientos todos ellos que, en las últimas dos décadas, han transformado por completo nuestra percepción de la importancia capital de la mar en el desarrollo humano.

La obra abarca un extenso periodo, que discurre desde las proezas de esos primeros cazadores paleolíticos que se hicieron a la mar, hasta la primera década del siglo XVI d. C., cuando, por primera vez, se pudieron dibujar los límites del Atlántico.

Así ha de ser. La historia de la navegación es un proceso continuo que debe estudiarse de esta manera, sin encorsetarlo con las divisiones cronológicas convencionales. Solo así apreciaremos la verdadera grandeza de los logros humanos.

Por último, una palabra sobre los mapas. Aunque la convención de presentarlos con el norte en la parte superior es moderna, nuestras geografías cognitivas cambian en función de dónde nos encontremos. Para comprender mejor el pasado, pues, debemos intentar visualizar el espacio tal y como lo harían las gentes de la época. Los conceptos espaciales, por supuesto, han cambiado según las épocas y los lugares, pero un fenómeno que a buen seguro ha impactado a todo el mundo a lo largo de la historia es el amanecer y la puesta de sol. Por ello, y también para sacudirnos nuestra cómoda complacencia geográfica, he optado por orientar los mapas situando el oeste en la parte superior, para dar así protagonismo a la puesta de sol. Me parece una manera estimulante de intentar empatizar con los habitantes del Mediterráneo, al tiempo que para los moradores de la fachada atlántica esta sería la orientación natural del mundo. Asimismo, espero que esta disposición ayude al lector a ver las cosas de forma distinta; que le permita adoptar una visión marinera del mundo.

B. C.
Oxford,
febrero de 2017

1

*Those in Peril
on the Sea*



Esta es la historia de dos mares y de los

humanos que los desafiaron. La historia del abarcable Mediterráneo (el familiar Mare Nostrum de la época clásica) y del temible e infinito Océano (el Mar de las Tinieblas Perpetuas, como lo llamaban los árabes). La historia de unos seres humanos que habían evolucionado como animales terrestres, pero que, a la altura del siglo XVI d. C., hacían frente por millares, cada año, a los peligros de la mar: peregrinos que cruzaban el mar Cantábrico entre Bristol y Galicia con el propósito de confluir en el santuario de Santiago de Compostela, comerciantes que circunnavegaban África para dirigirse hacia el océano Índico y los ricos mercados orientales y navíos repletos de entusiasmados jóvenes que atravesaban el Atlántico atraídos por el oro de los aztecas y los incas, anhelantes de labrarse una nueva vida como conquistadores y confortados por la certidumbre de que estaban dando cumplimiento a la obra de Dios. Por no hablar de las flotillas pesqueras que, anualmente, abandonaban los puertos de la península ibérica, Bretaña y Gran Bretaña rumbo al Atlántico Norte, con el fin de faenar los mares y regresar con sus capturas en salazón para alimentar a la pujante población europea. La mar les ofrecía a todos ellos una vía de paso; y a los más afortunados, además, les prodigaba ingentes recompensas.

Pero la relación del ser humano con la mar era un asunto sumamente complejo. Para empezar, no todo el mundo sentía su llamada. El escritor bretón P.-J. Hélias, en su popularísimo libro *Le Cheval d'orgueil*, describe cómo, a comienzos del siglo XX, las comunidades que vivían a tan solo unos pocos kilómetros de la costa rehuían la mar. Mucho antes, en el siglo VIII a. C., el bucólico poeta Hesíodo, satisfecho de su remota aldea campesina de las faldas del monte Helicón, en Beocia, se sentía obligado a desgranar ciertos consejos acerca de la navegación en su obra *Los trabajos y los días*, aunque antecedía sus recomendaciones con una locución ciertamente significativa: «Si se adueña de ti el anhelo de la navegación peligrosa, atiende». La mar, en fin, atraía a los hombres, pero semejante atracción derivaba de su proximidad. Mas ¿qué es lo que tiene la mar que resulta tan fascinante? ¿Por qué empuja a los humanos a comportarse de manera irracional?

LA MAR ES DIFERENTE

Para los animales terrestres, comenzando por el ser humano, la mar es diferente: es un mundo extraño, distinto a la tierra en todos sus aspectos. Mientras que esta muestra las cicatrices de la actividad humana (asentamientos, lindes, montículos funerarios), que refleja en ellas la antigua herencia de la interacción entre sus pobladores, la mar no tiene historia, es atemporal. En tierra, comprobamos de manera constante cómo el paisaje que hoy contemplamos fosiliza las diligencias de los seres humanos

OCÉANO

a lo largo de la historia. La mar, en cambio, es un lugar para el olvido. Así como la tierra parece estática, la mar está siempre en movimiento, mudando de color entre los grises más enmarañados y las tonalidades más vivas de azul y verde, modulando su voz entre el murmullo más sosegado y el rugido más terrible. Tranquila un instante, furiosa al siguiente. No ha habido nunca un momento de paz para quienes sienten la fascinación de la mar.

El enigma de la mar fue retratado por Víctor Hugo con mucha habilidad en *Los trabajadores del mar*:

El viento está lleno de misterio. Lo mismo sucede con la mar. Como el viento, la mar tiene una naturaleza compuesta; bajo las olas de agua, las que podemos ver, hay olas de fuerza que nos resultan invisibles. Sus elementos constituyentes lo son todo. De todas las marañas de materia que hay en el mundo, la mar es la más indivisible y profunda.

La mar es un lugar peligroso. Da, pero también arrebatada. Como dice un adagio bretón: «En la mar todo es angustia, todo es oración». La antigua literatura clásica está repleta de historias que nos hablan de los peligros de la mar, a menudo encarnadas en monstruos y bestias. Mientras navegaba, Odiseo fue puesto a prueba por temibles fuerzas, las primeras las sirenas, sobre cuya isla se desparramaban los huesos descarnados de los marineros que no habían logrado resistirse a la tentación de sus cantos. Cuando el explorador fenicio Himilcón se aventuró en el Atlántico, se encontró con «monstruos de las profundidades y bestias [que] nadaban en torno a sus lentas y perezosas naves». Semejantes horrores, recreados con gran viveza por los cartógrafos medievales, poblaron los océanos de nuestros primeros mapas. Las bestias de las profundidades, no en vano, desempeñaban un papel clave en los sistemas de creencias cristianas. La mar era el hogar del Leviatán, gráficamente descrito en el Antiguo Testamento: «Sus resoplidos despiden destellos de luz, sus ojos son como la luz del amanecer; las llamas fluyen de su boca [...]. Nada en la tierra se le asemeja. Es una criatura sin miedo» (Job 41, 18-33). Y era del océano de donde la aterradora bestia del Apocalipsis, con sus siete cabezas y sus diez cuernos, llegó para destruir el mundo (Apocalipsis 11.7-12.3). Educados para creer en semejantes imágenes, no sorprende que cierta congregación victoriana cantara con ansiedad para implorar la protección divina para «quienes se hallan en peligro, en la mar».* Encontramos aquí, no obstante, una interesante paradoja: todas las criaturas marinas, entre ellas el Leviatán, fueron creadas por Dios, pese a lo cual suponen una amenaza para el mundo, hasta el punto de que, si hemos de creer la profecía de san Juan, terminarán por destruirlo. Es posible que, profundamente imbricados en las creencias cristianas, vislumbremos aquí lejanos ecos de una visión anterior del mundo que presentaba la

* N. del T.: *Those in Peril on the Sea* es un himno británico compuesto por W. Whiting y adoptado por varias de las Marinas anglófonas y algunas otras instituciones.



1.1. Los monstruos de las profundidades del océano es un tema recurrente en la literatura y el arte y encuentran su lugar en muchas creencias religiosas, entre ellas el cristianismo. Aquí, en el grabado confeccionado a partir de la famosa pintura de Gustave Doré, *La destrucción de Leviatán* (1866), el monstruo se enfrenta a las fuerzas del bien.

OCÉANO

1.2. En la gran epopeya homérica sobre Odiseo, las sirenas atraían a los navegantes a su destrucción gracias a la cautivadora belleza de sus voces. En esta escena, Odiseo se ha amarrado al mástil de su propio barco para poder escuchar la música de las sirenas sin que estas le puedan arrastrar a la perdición. En cuanto a sus tripulantes, llevaban los oídos taponados, por lo que eran inmunes a la seducción de las sirenas. Vaso griego de figuras rojas de finales del siglo vi o comienzos del v a. C.



mar como una fuerza salvaje y descontrolada, afable a veces, pero siempre pronta a la destrucción.

El concepto de una mar exigente, dispuesta a cobrar sus deudas, impregna la mitología y el folclore de las costas atlánticas. La leyenda bretona de la ciudad perdida de Ker-Is, la historia galesa del sumergimiento de Cantre'r Gwaelod en la bahía de Cardigan o la tradición cónica de la inundación de las tierras de Lyonesse, entre Cornualles y las islas Sorlingas, responden al estereotipo de una inundación catastrófica del Atlántico. Aunque todas ellas podrían basarse en una alegoría cristiana, que ilustran el destino que los pecadores tienen deparado, parece significativo que el agente de muerte y destrucción sea siempre la mar. La realidad que inspiró tales fábulas pudo incluir los sorprendentes restos de bosques fósiles que las mareas especialmente bajas dejan al descubierto en torno a las costas atlánticas, pero también los recuerdos colectivos de violentas marejadas ciclónicas o incluso de tsunamis.

La percepción de la naturaleza exigente de la mar se pone de manifiesto de igual forma en las historias que circularon por las costas atlánticas de Europa. En muchas comunidades existe la firme convicción de que un hombre que se está ahogando es ya propiedad de la mar, por lo que nadie se lo puede arrebatar salvo que la propia mar reclame a cambio al rescatador para que forme parte de su reino. Así, por ejemplo, un cuento documentado en el siglo xx en la bahía de Galway nos habla de un hombre que, tras caer por la borda, se aferraba al borde de la barca hasta que sus compañeros le golpearon los dedos con un martillo para obligarlo a soltarse.



1.3. A menudo se emplearon temibles criaturas marinas para adornar mapas y cartas náuticas. Este monstruo hambriento se representa en un mapa de 1498 de Olaus Magnus.

La presencia de un poderoso espíritu femenino resulta un tema recurrente en muchos mitos de la mar. A menudo, bajo la apariencia de una sirena, seduce a los hombres para conducirlos a su reino y retenerlos allí. La personificación de la mar como una fémina depredadora se despliega en la famosa novela de Pierre Loti, *Pescador de Islandia*, cuyo protagonista, Yann, tras toda una vida enfrentándose al océano, termina ahogado frente a las costas de Islandia, abrazado por la mar, celosa y sexualmente exigente, mientras su esposa aguarda su regreso sobre los acantilados, soportando las burlas de las mareas. Las creencias y supersticiones que impregnaban el mundo de los marinos bretones del siglo XIX se materializan en este poderoso texto. Marinos estos que comprendían bien que, aunque la mar les podía ofrecer sustento, terminaría, inevitablemente, exigiéndoles algo a cambio.

La íntima conexión entre la muerte y la mar es, de hecho, un motivo que recorre todos los sistemas de creencias célticos. En la mitología irlandesa, por ejemplo, Donn el Oscuro, dios de los muertos, vive en una isla rocosa llamada Tech Duinn (la Casa de Donn), frente a la costa sudoccidental de Irlanda. Una cueva marina atraviesa el islote de extremo a extremo, de tal manera que, desde la costa cercana, puede observarse la puesta de sol a través de la isla. Tan espectacular enclave no podía dejar de impresionar a los habitantes de la región. Es más, la creencia popular sostenía que el dios, ancestro de todos los irlandeses, invitaba a los muertos a navegar a través de su casa hacia occidente, rumbo al Otro Mundo. Esta asociación entre el oeste, donde el sol se pone, y el lugar al que acuden los muertos para aguardar durante toda

la eternidad es también un tópico recurrente en la antigua mitología griega, como veremos (*vid.* pág. 14).

En los antiguos textos legales irlandeses, se adjudicaba a la mar el papel de árbitro en las causas que entrañaban crímenes de gravedad, cometidos, fundamentalmente, por mujeres. La persona acusada era introducida en una barca, provista de un canaleta y un puchero de gachas y abandonada a la deriva a merced de los vientos costeros. Si ella (o él) sobrevivía, se asumía que Dios había dictado sentencia y que se debía respetar su vida. De forma análoga, los niños nacidos de un incesto se depositaban en un pequeño bote de cuero y se remolcaban mar adentro «hasta el punto en el que un escudo blanco todavía resulta visible». Una vez allí, era Dios quien debía pronunciarse acerca de su destino. Conocemos estas leyes gracias a su codificación en época cristiana, pero, con toda probabilidad, derivaban de prácticas extendidas ya en el periodo anterior, cuando se consideraba que era la propia mar, guiada por los dioses que residían en su interior, quien actuaba personalmente como árbitro.

La mar, en fin, es otro mundo, un mundo peligroso, un lugar incierto en el que aventurarse. Es caprichosa, traicionera, exigente y se guía por reglas propias solo en parte comprensibles para el ser humano. La mar es diferente.

Penetrar en el reino marino requiere de un acto deliberado: supone pasar de lo conocido a lo desconocido a través de una zona liminal. Esta última (apenas una estrecha línea costera en un Mediterráneo casi carente de mareas y un litoral intermareal mucho más ancho en el Atlántico) se concebía como un espacio de singular poder. Era un lugar sagrado que permitía el contacto con los dioses, pero también un lugar peligroso a cuyos visitantes les podían sobrevenir todo tipo de eventualidades, o bien en el que estos podían conseguir cosas asombrosas. Así sucede en un texto irlandés del siglo x, *El coloquio de los dos sabios*, que nos habla de la visita de un joven a la costa, al «borde del mar», un espacio que los poetas consideraban un «enclave de revelación». Deseoso de comprender «el canto de atormentada tristeza» de las olas, lanzó un conjuro a la mar para que esta le revelara su significado.

La región intermareal, de hecho, tuvo una gran relevancia en la vida de numerosas comunidades atlánticas. Así, por ejemplo, en las fascinantes historias personales recopiladas entre las agrupaciones de recolectores de algas de Connemara y las islas Aran en las décadas de 1930 y 1940 (publicadas con el título de *Seaweed Memories: In the Jaws of the Sea*), la magia de la zona costera se hace palpable. Abundan los encuentros con sirenas y tritones y el trabajo de los recolectores se ve continuamente alterado por las hadas y las brujas de la tormenta. Una joven, sorprendida por una ola monstruosa y arrojada inconsciente en la playa, describe cómo «la mar me llevó con ella en sus fauces». Para los recolectores de algas, la peligrosa liminalidad de la costa estaba siempre presente.

El miedo a la mar bien pudo estar detrás del incidente mal documentado del año 40 d. C., cuando el emperador romano Cayo (Calígula, tal y como hoy le conocemos) desplegó sus legiones ante el canal de la Mancha como parte de sus preparativos para la invasión de Britania:

De repente, ordenó recoger conchas y llenar con ellas los cascos y los pliegues de las ropas, diciendo que eran los despojos del Océano que se debían al Capitolio y al Palatino; como testimonio de su victoria, levantó asimismo una altísima torre, desde la que debían brillar fuegos por la noche para dirigir el rumbo de los navíos, a imitación del Faro.

Suetonio, *Calígula* 46

Aunque a menudo se menciona este incidente como un signo más de la locura del emperador, el mismo podría estar enmascarando la negativa del ejército a embarcarse. La recolección de conchas por la costa y la erección del faro, de hecho, quizá respondieron al intento del emperador de negociar el beneplácito de los dioses con vistas a una nueva intentona. El hecho de que tres años más tarde el emperador Claudio estuviera a punto de sufrir una rebelión cuando condujo a sus tropas hacia las costas del canal supone, en efecto, un claro indicativo del poder emocional que el océano ejercía en los legionarios.

Otra historia curiosa es la del famoso rey Canuto, de quien se dice que se apostó en el litoral con la pretensión de gobernar la mar. El monarca, al optar por comunicarse con las aguas desde la costa, actuó de forma muy parecida a la del joven de *El coloquio de los dos sabios*.

En ocasiones, se atribuyó a los promontorios que se adentran en las aguas idénticos poderes sobrenaturales que a las costas. También ellos, al fin y al cabo, eran zonas liminales entre la tierra y la mar. La literatura clásica a menudo se refiere a tales lugares como «promontorios sagrados». Uno de los que mejor conocemos es el cabo Sunión, en el extremo del Ática, en Grecia, dominado aún por el templo de Poseidón edificado sobre el enclave en el siglo v a. C. Es más, el hecho de que Homero describiera el lugar como el «sagrado cabo de Sunión» demuestra que su santidad antecedió a la construcción del edificio. El cabo era, al fin y al cabo, el primer sector de costa que los marinos atenienses que regresaban del Egeo veían en lontananza. Los hitos marítimos de este tipo tuvieron una importancia capital para los navegantes, pues les permitió posicionarse en sus mapas cognitivos del mundo. No es casualidad que el *Periplo masaliota*, un tratado de navegación redactado posiblemente en el siglo v a. C. y en el que se desgranaba la descripción de los hitos marítimos entre Massalia (Marsella) y la costa atlántica de Portugal, mencione varios cabos sagrados. Su identificación cuando se navegaba por aguas desconocidas recomfortaría a los capitanes y les animaría a continuar viaje. Ahora bien, estos lugares también producen admiración cuando uno se aproxima a ellos desde tierra. Con las olas fustigándolos desde todas direcciones, debió de resultar fácil creer que semejantes enclaves estaban totalmente a merced de la mar. Idéntica admiración producen, por ejemplo, los muelles victorianos: lo que fascina de ellos a los veraneantes es que no pertenecen ni a la tierra ni a la mar: constituyen, de alguna manera, un mundo aparte.

EL ENCANTO DE LOS LUGARES LEJANOS

En una época como la nuestra en la que con un solo clic en el ratón podemos conseguir mapas precisos, fotografías aéreas e imágenes por satélite, no es fácil imaginar cómo contemplaban el mundo las sociedades antiguas, cómo interiorizaban los espacios en los que habitaban, cuál era su idea de la distancia y cómo conceptualizaban lo que quedaba más allá de su entorno inmediato. La comparación etnográfica y etnohistórica, sin embargo, nos ofrece valiosas aproximaciones. Por lo general, los seres humanos conciben el espacio con ellos mismos en su centro. A partir de ahí, el espacio se desarrolla en los planos horizontal y vertical. El espacio horizontal es el lugar en el que vivimos, la superficie de la tierra (y de la mar). A lo que se encuentra más cerca de nosotros (nuestra casa, nuestro asentamiento, nuestro territorio) lo consideramos «lugar» y le adscribimos nombre, propiedad e historia; nos resulta, en definitiva, familiar. Por el contrario, el espacio que se extiende más allá es indiferenciado y se torna cada vez más sobrenatural e incomprensible a medida que se aleja de nuestro centro. Ahora bien, la distancia no es una coordenada absoluta. Las distancias con respecto a nuestro «lugar» se pueden medir en horas o días de viaje, pero, una vez fuera, penetramos en el reino de la distancia sobrenatural, donde las cosas pueden volverse desconcertantemente flexibles. Por su parte, la coordenada vertical se conceptualiza de la misma manera. Sobre nosotros se extiende el aire,



o el éter, que llega hasta el cielo, el cual a menudo se concibe como un sólido muy cercano a alguna clase de paraíso. Bajo la superficie en la que vivimos hay profundidades que pueden ser acuosas o incluir algún tipo de inframundo espiritual. Por consiguiente, por encima y por debajo de nosotros se encuentran los confines de lo sobrenatural. Ambos reinos se concitan en el horizonte, la frontera más distante de nuestro mundo cognitivo; una frontera que se cree, por ello, especialmente poderosa. Cuando los humanos mueren, abandonan el mundo conocido rumbo a la esfera de lo sobrenatural, ya se encuentre esta en el cielo, en el inframundo o en el distante horizonte situado más allá de la mar.

Si se traslada todo ello a las circunstancias del mundo real, suele ocurrir que, cuando una persona abandona su hogar para visitar tierras lejanas, alcanza una singular experiencia de lo desconocido y se torna a ojos de sus paisanos tanto más misterioso y poderoso cuanto más distancia haya recorrido. Cuando regresa, trae consigo sus saberes esotéricos: un sinfín de historias de gentes y lugares desconocidos hasta entonces, conocimientos de nuevas tecnologías y cosmologías e incluso objetos exóticos que puede distribuir en forma de regalos. Todo ello incrementa su estatus. Cuanto más lejos haya viajado, más heroica habrá sido su gesta. En la antigua mitología griega, por ejemplo, personajes como Jasón y los argonautas, Heracles u Odiseo desempeñan el papel del héroe trotamundos. Pero los conocimientos también resultan un factor clave para el liderazgo. El líder exitoso debe viajar él mismo o bien ha de fomentar que los viajeros acudan a su corte para aprovecharse



1.4. Puesto que para los navegantes era esencial reconocer dónde se encontraban cuando se estaban aproximando a la costa, la memorización de las siluetas distintivas del litoral era parte indispensable del arte de la navegación. Por ello, algunos promontorios significativos se señalaron mediante construcciones y, más de manera más recientemente, con faros. Parte de estos promontorios se consideraban sagrados y, como en el cabo Sunión, en la punta meridional del Ática, se adornaron con templos. En este caso, de hecho, el templo se consagró significativamente al dios del mar, Poseidón.

de sus conocimientos. Cuando Telémaco y sus compañeros, todavía fatigados por el viaje, llegaron al palacio de Néstor, Homero relata que fueron recibidos con gran distinción. Solo tras ser bañados y alimentados, para cumplir así con las reglas de la hospitalidad, Néstor se dirigió a ellos y les dijo: «Ahora ya será bien preguntar y saber quiénes sean estos huéspedes nuestros después de que han comido a su gusto». Con tales palabras, el anciano se disponía a zambullirse en las historias de los viajeros e incrementar de este modo sus conocimientos y estatus. En las sociedades más complejas, los reyes podían fomentar de manera activa que los extranjeros sabios se asentaran en su corte. Cuantos más fueran, mayor sería el prestigio del monarca. La bienvenida con la que Kublai Kan agasajó a Marco Polo y el hecho de que el viajero fuera invitado a permanecer durante años en la corte mongola, *verbi gratia*, refleja que se le consideraba un «sabio extranjero» llegado de lejos. Los reyes también podían incrementar su estatus embarcándose ellos mismos en largas travesías; uno de los casos más extremos en este sentido fue la de Alejandro III de Macedonia, cuyas hazañas le valieron el sobrenombre de Magno.

La historia posterior está repleta de larguísimas singladuras. Las heroicas expediciones ultramarinas se convirtieron en una parte esencial en la vida de los nórdicos del siglo VIII. La presión demográfica en la tierra patria limitaba la ambición de los jóvenes de la región, cuya única vía de escape era hacerse a la mar como vikingos. Algunos de ellos buscaron nuevas tierras en las que asentarse, pero otros aprovecharon la oportunidad para adquirir botín y mejorar su reputación. Los líderes de la gran flota vikinga (compuesta, al principio, por 150 naves) que remontó el Guadalquivir para saquear Sevilla en los años 40 del siglo IX se sentían tan atraídos por la aventura (y por el prestigio que las estas acarreaban) como por la perspectiva de botín. El hecho de que los andalusíes decapitaran a 200 de ellos y colgaran a muchos más de las palmeras de la ciudad no hizo sino incrementar la admiración que suscitaron los relatos de los supervivientes. Cuando, tiempo después, otra partida vikinga que trataba de saquear Roma asaltó Luna, mucho más al noroeste, por error, las enormes distancias recorridas y el aura exótica de Italia sirvieron igualmente para dotar a los aventureros de un enorme prestigio pese a haber errado el objetivo.

El encanto de los lugares lejanos desempeñó un papel importante en el código de la caballería, en el que, a su vez, se inspiraron las élites de la Europa medieval. Decenas de miles de jóvenes se vieron impelidos a unirse a las sucesivas cruzadas que se lanzaron contra Oriente Próximo y el norte de África; sus temerarias peripecias, al fin y al cabo, se creían santificadas por la perspectiva de derrotar al infiel. En el siglo XV, otros oportunistas se ofrecieron, dirigidos por el infante don Enrique de Portugal (Enrique el Navegante), a explorar la costa atlántica de África para abrir un camino hacia las riquezas y misterios del océano Índico. Poco después, la casa real castellana patrocinó la apertura de las Américas, encabezada por Cristóbal Colón, empresa que brindó oportunidades inapreciables a unos jóvenes ansiosos de rapiñar el nuevo continente. Los conquistadores, tal y como se les llamó, enarbolaron el



pretexto de que difundían la cristiandad entre los ignorantes nativos para dar rienda suelta a sus deseos de aventura y autoengrandecimiento.

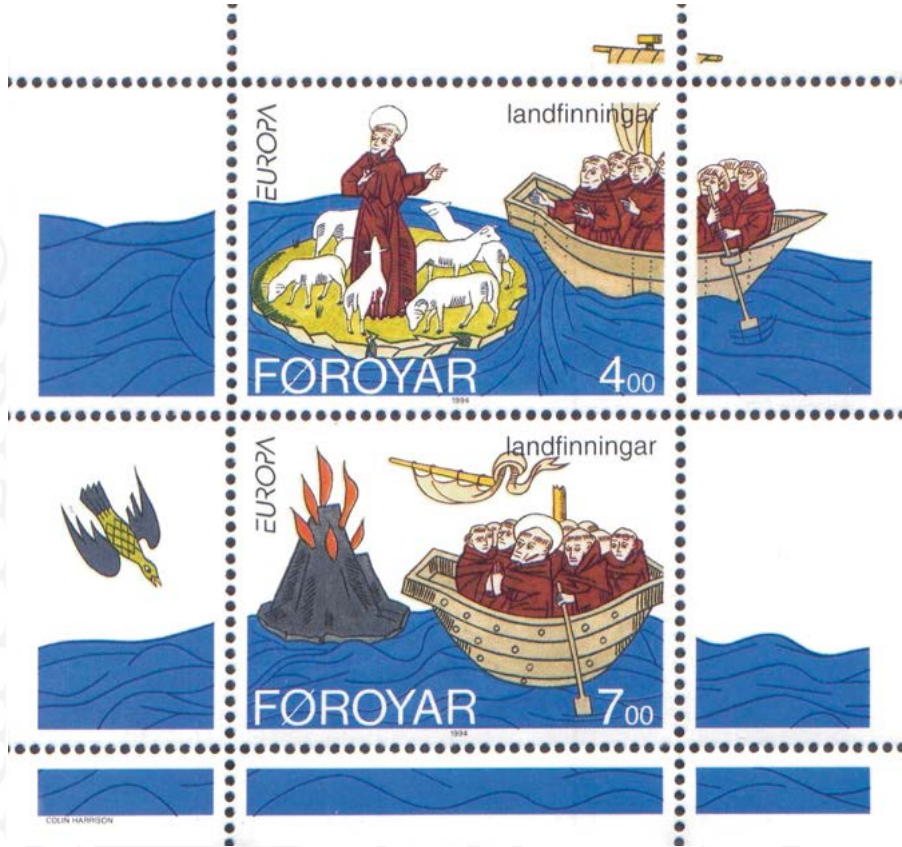
Los vikingos, los cruzados, los navegantes y los conquistadores eran, en el fondo, semejantes. Todos ellos animales humanos condicionados por sus genes para mantenerse en movimiento, impelidos por su propia naturaleza a recorrer grandes distancias para ver qué es lo que había más allá y adquirir así conocimientos esotéricos y bienes exóticos. El deseo innato de viajar y adquirir ha convertido a los seres humanos en la especie animal más eficaz a la hora de colonizar casi la totalidad de los nichos ecológicos del planeta. Asignando un relevante valor a esos conocimientos de lo exótico y un alto estatus a quienes los adquieren, las sociedades aportan, además, un ímpetu adicional y unas recompensas nada desdeñables a quienes desean viajar. Añádase a todo eso las presiones generadas de manera periódica por el crecimiento demográfico incontrolado en zonas con recursos limitados y comenzaremos a comprender el ímpetu incansable de la gente por alejarse del hogar para encarar peligros e incomodidades con el fin de descubrir lo desconocido. Es esta tenaz movilidad lo que distingue a la raza humana de todos los demás animales que pueblan el globo.

Hemos de considerar un último ejemplo que nos aproximará al núcleo de las relaciones entre los seres humanos y la mar: el que proponen los monjes irlandeses viajeros, los *peregrini*, de comienzos de la Edad Media. Muchos monjes realizaron larguísimas singladuras a través de la mar. La motivación que impulsaba a algunos de ellos era la de encontrar un lugar remoto, a menudo una pequeña isla, en el que aislarse del resto de su comunidad para contemplar mejor a Dios. Otros anhelaban difundir su singular cristianismo céltico por tierras lejanas, en virtud de lo cual muchos establecieron monasterios en el noroeste de Francia y los más osados llegaron incluso a la Europa central o a Italia. Pero ciertos *peregrini* se mostraron incluso

1.5. El innato deseo de viajar es uno de los factores que explican la popularidad de las cruzadas, que permitieron que la gente ordinaria abandonara sus aldeas y recorriera el mundo. Este manuscrito francés del siglo XIV muestra a un sinfín de hombres embarcándose en Europa rumbo a Tierra Santa con las banderas de los reyes francés e inglés.

OCÉANO

1.6. El descubrimiento de islas en mitad del océano por parte de unos monjes anhelantes de soledad se ha convertido en un tema recurrente de la literatura y el arte. Estos sellos postales islandeses emitidos en 1994 y diseñados por Colin Harrison representan el desembarco de san Brandán en las Feroe (las «islas Oveja») y en Islandia (caracterizada por sus volcanes).



más exaltados: para ellos, bastaba simplemente con hacerse a la mar y dejarse guiar por Dios. Las historias de sus viajes, los *immrama*, repletas de descripciones de los lugares mágicos que estos monjes fueron encontrando en el océano, alcanzaron una enorme popularidad desde el siglo VIII y propugnaban una cosmovisión cristiana ciertamente singular. Volveremos a este tema más adelante (*vid.* págs. 24-27), pero, por el momento, quedémonos con que, para estos religiosos, lo importante era el viaje en sí mismo y no tanto la adquisición de riquezas o de conocimientos que pudieran elevar su estatus. Era el propio trayecto lo que engrandecía a la persona. Quizá sea este arraigado sentimiento el que, en el fondo, arroja una sombra de confusión en la movilidad que caracteriza la historia.

LA NATURALEZA DEL UNIVERSO

A lo largo de los siglos, los seres humanos hemos sentido la necesidad de comprender las complejidades del mundo que nos rodea. Hoy, la ciencia moderna nos

proporciona modelos que aletargan nuestras inseguridades; modelos de la génesis del universo, el origen del sistema solar o la evolución de la vida. Las sociedades anteriores tuvieron que dotarse de mitos acerca de la creación contruidos, básicamente, a partir de su propia imaginación. Uno de los más célebres para los lectores modernos es, probablemente, el que relata el Génesis:

[...] y las tinieblas se cernían sobre la faz del abismo. Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas [...] Y Dios hizo el firmamento, y separó las aguas que estaban bajo el firmamento de las aguas que estaban sobre el firmamento [...]. Y Dios dijo [...] «que emerja la tierra seca».

Génesis 1.2-9

El relato de la creación del Antiguo Testamento reformuló viejos mitos que es probable que se retrotrayeran a tiempos babilónicos. Los mismos tonos ampulosos y una sucesión análoga de episodios de creación aislados se desprenden de la *Teogonía* de Hesíodo, redactada, probablemente, hacia finales del siglo VIII a. C.:

En primer lugar existió el Caos. Después Gea la de amplio pecho [...]. Del Caos surgieron Érebo [Hades] y la negra Noche. De la Noche a su vez nacieron el Éter y el Día [...]. Gea alumbró primero al estrellado Urano [...]. También dio a luz a las grandes Montañas [...]. Ella igualmente parió al estéril piélago de agitadas olas, el Ponto, sin mediar el grato comercio. Luego, acostada con Urano, alumbró a Océano de profundas corrientes.

Hesíodo, *Teogonía* 124-132

Hesíodo continúa relatando el origen de una larga sucesión de dioses, varios cientos de ellos. Es poco probable que todo ello sea resultado de su fértil imaginación, cultivada mientras cuidaba de sus ovejas en los oteros helenos. Antes bien, lo que compiló en su trascendental obra fue una miríada de tradiciones orales independientes muy anterior a su época, que es posible que fuera escuchando a un sinnúmero de bardos a lo largo de toda su vida y que Hesíodo se ocupó de entretejer en una única composición poética.

Para Hesíodo, el «estéril piélago de agitadas olas» (el Mediterráneo), separado de la tierra, surgió de un acto de creación distinto del que dio lugar al «Océano de profundas corrientes», nacido algo después de la unión de la Tierra y el Cielo. La visión que subyace aquí es la de una tierra y un mar interno rodeados por el río Océano. La misma idea se manifiesta en la descripción que Homero esbozó del gran escudo que el dios Hefesto labró para Aquiles: «En él fue creando muchos primores con su hábil destreza. Hizo figurar en él la tierra, el cielo y el mar, el infatigable sol y la luna llena, así como todos los astros que coronan el firmamento [...]. Representó también el gran poderío

OCÉANO

del río Océano a lo largo del borde más extremo del sólido escudo» (*Iliada* 18.483-608). Para Homero, el «río Océano» que rodeaba el mundo era un lugar distante de extremo poder; todos los astros, salvo la estrella circumpolar, «se bañaban en el Océano» (esto es, se levantaban y se ponían en él), como también hacía el sol. En cierto momento, Homero sugiere que el sol, una vez sumergido tras el horizonte, viajaba bajo tierra para alzarse de nuevo en Oriente, aunque los poetas posteriores pensaron, más bien, que el sol flotaba por el río Océano en torno a la tierra, de oeste a este. Homero sostuvo también que el Océano había sido la cuna de todos los inmortales.

Más allá del río Océano, hacia occidente, se ubica la poderosa región en la que el dosel del cielo se reúne con el distante horizonte. Es allí, según revela Hesíodo, donde vive la Gorgona, «al otro lado del ilustre Océano, en el confín del mundo hacia la noche, donde [residen] las Hespérides de aguda voz».

Allí, en los límites del mundo, «junto al Océano de profundas corrientes», se encuentran las «Islas de los Bienaventurados», habitadas por «héroes felices a los que el campo fértil les produce frutos que germinan tres veces al año, dulces como la miel». También allí, en los límites de la tierra, se yergue Atlas, que «sostiene el vasto cielo [...] apoyándolo en su cabeza e infatigables brazos», manteniendo así separados el dosel del cielo y la tierra. Las Hespérides, hijas de Atlas, eran las encargadas de guardar las manzanas doradas que la diosa Hera había recibido como regalo nupcial. El undécimo trabajo de Heracles fue, por cierto, robar estas manzanas, tarea que llevó a cabo con la acostumbrada combinación de violencia y subterfugio. Resulta claro, en definitiva, que los griegos percibían esta lejana región en los límites del mundo, entre el cielo y la tierra, como un espacio particularmente poderoso en el que los héroes y los dioses podían competir entre sí y en el que los difuntos que lo merecieran podían gozar de una existencia opulenta durante toda la eternidad.

Las recurrentes menciones al río Océano, en todo caso, suscitan la interesante cuestión de si los griegos del siglo VIII a. C. eran conscientes de la existencia del océano Atlántico que se extendía más allá del Mediterráneo, hacia el lejano horizonte, o bien si para ellos el río Océano era tan solo una abstracción, un ordenado reborde del mundo muy parecido al brocal que remataba el escudo de Aquiles. Aunque es posible que en esa época ningún griego hubiera contemplado todavía el Atlántico, parece probable que el conocimiento de un océano exterior les hubiera llegado ya a través de los fenicios, que desde el siglo IX a. C., o incluso antes, se afanaban en establecer factorías comerciales a lo largo de la costa atlántica de la península ibérica. A comienzos del siglo I d. C., sin embargo, el geógrafo griego Estrabón pensaba que Homero había conocido el Atlántico e incluso especulaba con la posibilidad de que el océano hubiera sido el escenario de las andanzas de Odiseo. La cuestión ha sido abordada asimismo por varios autores recientes, pero, como sucede con el propio Estrabón, sus argumentos resultan especulativos y apenas convincentes.

Con la fundación de la colonia griega de Massalia (Marsella) hacia 600 a. C., la presencia griega se consolidó en el extremo occidental del Mediterráneo, lo que, seguramente, facilitó la divulgación del conocimiento en el extremo occidental de

Europa y el gran océano que la rodea, alcanzando en poco tiempo la otra orilla del Mediterráneo y puertos como el de Mileto, en la costa egea de Asia Menor. Hacia 600 a. C., no en vano, Mileto se había convertido en el principal nodo marítimo de los griegos jonios, afamado por su capacidad para organizar con eficacia expediciones colonizadoras, destinadas en especial al mar Negro. Dada su posición central en la intrincada red marítima, Mileto se convirtió en el foco en el que se acumulaban los conocimientos que confluían desde un mundo en continua expansión, un mundo que no solo constaba del Mediterráneo y el mar Negro, sino también de Egipto y Oriente Próximo. Hablamos de un periodo de gran efervescencia intelectual en el que no por casualidad, durante los siglos VI y V a. C., toda una sucesión de pensadores extraordinarios comenzó a prescindir de las antiguas mitologías para desarrollar una visión del mundo más objetiva e inquisitiva.

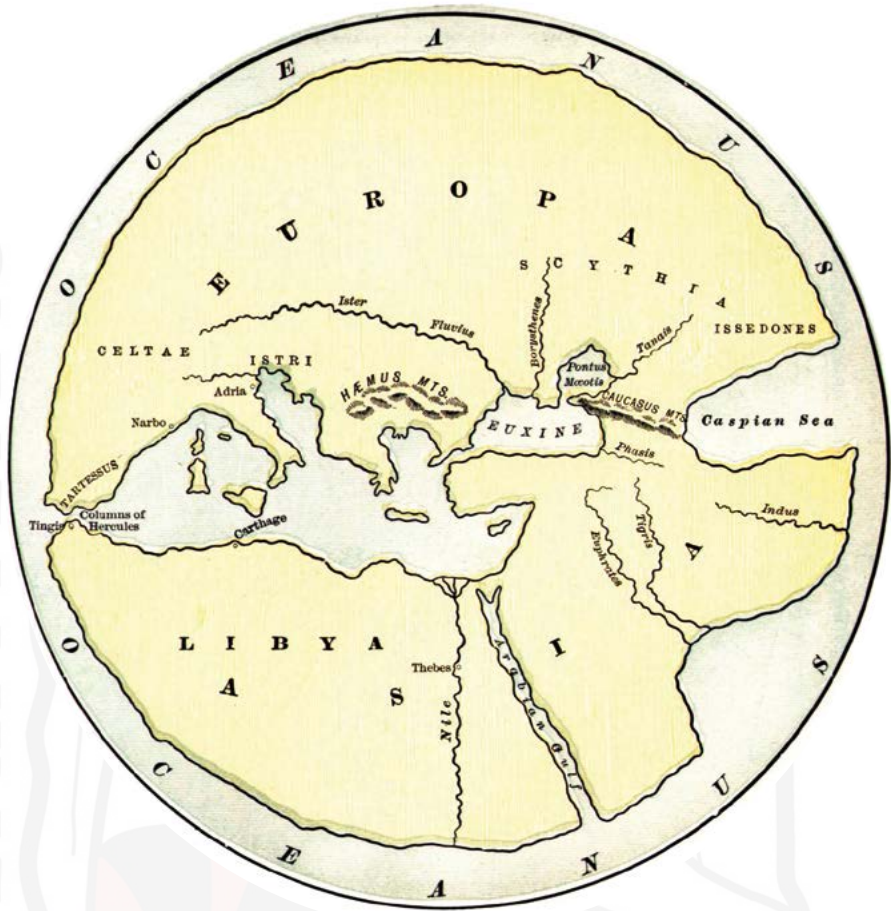
El primero de todos estos filósofos jonios fue Tales (ca. 636-546 a. C.). Los escritores griegos posteriores que trataron esta época arguyeron que Tales era un comerciante que había recorrido largas distancias, pasando, entre otros lugares, por Egipto, donde había estudiado matemáticas y había aprendido algo de astronomía babilónica. Hasta nosotros llega un buen número de historias de sus convicciones y sus logros científicos. Es difícil establecer hasta qué punto su pensamiento se vio condicionado por los enraizados mitos tradicionales, pero no parece probable que fuera capaz de romper con ellos por completo. Al considerar la cuestión central del origen del mundo, por ejemplo, Tales propuso que todo provenía del agua. Quizá, en este aspecto, se veía todavía influido por las creencias que impregnaban las palabras de Homero en la *Iliada*: «Océano, que es la progenie de todas las cosas», expresión que, a su vez, encapsulaba el mito de que todo el universo había surgido de la mezcla de Tetis, la corriente de agua dulce; y Océano, el mar de agua salada. Lo que hizo Tales, no obstante, fue formular toda una serie de cuestiones centrales y, a partir de la consabida maraña de viejas historias, destilar unas respuestas que pudieran emplearse como base para construir modelos más complejos. Se había dado, así, el primer paso en el camino del pensamiento racional.

Fue Anaximandro, es posible que alumno de Tales y veinticinco años más joven, quien protagonizó el siguiente avance significativo. También él estaba interesado en determinar la sustancia primordial a partir de la cual se había generado el mundo, mas, rompiendo en este caso con todas las tradiciones mitológicas anteriores, teorizó que la materia primera no había sido el agua, más bien un «algo indefinido» e «ilimitado» que no tenía propiedades físicas, sino que se componía de oposiciones en perpetua transformación. De lo «ilimitado» derivaban todas las sustancias conocidas, que existían durante un breve lapso antes de volver a descomponerse. Nos hallamos, pues, ante un osado salto hacia la pura teoría, con intrigantes ecos en la física teórica moderna.

También Anaximandro especuló acerca de la naturaleza del mundo, pero descartó la idea de Tales de que el universo se basaba en el agua en pro de una noción más revolucionaria. Anaximandro consideró que el mundo era una entidad tridi-

OCÉANO

1.7. Mapa conjetural del mundo, tal y como lo concebía el geógrafo griego Hecateo de Mileto a finales del siglo VI a. C.



mensional, posiblemente un cilindro que colgaba libre en el espacio, en un vórtice de movimiento perpetuo generado por el equilibrio de fuerzas. El mundo habitado correspondía con la superficie superior, circular y cóncava, del susodicho cilindro. Aunque esta noción era totalmente nueva, en el fondo continuaba reteniendo la concepción tradicional de la tierra como un disco.

A mediados del siglo VI a. C., mientras Anaximandro desarrollaba sus teorías, los datos del mundo real se iban acumulando con celeridad, hasta tal punto que se dice que el susodicho filósofo fue el primer griego que pudo dibujar un mapa del mundo habitado. En torno a 500 a. C., el historiador y gran viajero Hecateo, también ciudadano de Mileto, se ocupó de mejorar dicho mapa. La imperante visión jonia del mundo se basaba todavía en un mar interior, el Mediterráneo (con un apéndice, el mar Negro), abierto a través de las Columnas de Heracles al océano Atlántico, que, a su vez, formaba parte del río Océano que rodeaba las tierras habitadas. A través

del Mediterráneo, entre Rodas y las columnas, discurría un ecuador que dividía el mundo en dos partes casi simétricas. Al norte habitaban los celtas y escitas, en tanto que al sur lo hacían los etíopes y los indios. Al sur de los etíopes la tierra se tornaba demasiado cálida como para resultar habitable, mientras que al norte de los escitas el frío imposibilitaba la vida humana, si bien en el extremo septentrional, más allá de los montes Ripeos, se hallaban los hiperbóreos, un pueblo mítico que vivía «más allá del Viento del Norte», en una tierra en la que el sol nunca llegaba a ponerse. La cómoda simetría de esta concepción del mundo resultaba sumamente placentera para la ordenada mente helena.

A medida que se fueron acumulando los conocimientos del mundo real los mapas se fueron modificando y se desarrolló una actitud más inquisitiva que tendía a criticar la simplista visión de un mundo netamente simétrico. El historiador Heródoto (ca. 484-ca. 424 a. C.), en este sentido, marcó un antes y un después al proponer una aproximación con una base algo más empírica. Nacido en la ciudad portuaria de Halicarnaso, en la esquina sudoccidental de Asia Menor, el historiador formó parte del renacimiento intelectual protagonizado por las ciudades griegas de la orilla oriental del Egeo. Sabemos que Heródoto viajó a lo largo y ancho de Grecia y en torno al mar Negro, donde llegó a contactar con los escitas; visitó Siria, se desplazó hasta Babilonia y Susa y, como algunos otros helenos antes que él, se sintió atraído por Egipto, país que recorrió remontando el Nilo hasta Elefantina. La información que reunió a lo largo de sus viajes constituyó la base de sus *Historias*, que todavía conservamos como uno de los grandes clásicos de la disciplina histórica. Y es que, como todos los buenos historiadores, Heródoto ancló profundamente su narración histórica en la geografía y la antropología, reforzando sus propios conocimientos con los datos recogidos por otros viajeros, datos que, a su vez, trataba de evaluar con cuidado según su grado de verosimilitud. Cuando trataba de las gentes y lugares distantes del mundo civilizado y familiar, de hecho, Heródoto se mostraba particularmente crítico con sus fuentes. Con respecto al extremo occidente, el historiador menciona un río, el Erídano, del que se decía que desembocaba en el océano exterior y que era la corriente que producía el ámbar, así como unas islas ricas en estaño situadas en pleno océano, pero, en ambos casos, nos alerta de que no dispone de datos de primera mano de ellos. A lo que añade:

Pese a que me he preocupado de la cuestión, no he podido escuchar de labios de ningún testigo ocular que los confines occidentales de Europa estén constituidos por un mar. Sea como fuere, lo cierto es que el estaño y el ámbar nos llegan de un extremo del mundo. Asimismo, es indudable que en el norte de Europa es donde hay una mayor abundancia de oro. Ahora bien, tampoco puedo precisar a ciencia cierta cómo se consigue, únicamente que, según cuentan, los arimaspos, unos individuos que solo tienen un ojo, se apoderan de él, robándoselo a los grifos. Sin embargo, tampoco me [lo] creo.

Heródoto, *Historias* 3.115-116

OCÉANO

Una vez más, el meticuloso erudito se afanaba por hablar con objetividad pero no podía resistirse a mencionar un sinfín de historias maravillosas, solo por si alguna de ellas ocultaba una pizca de verdad. Para Heródoto, el mundo era plano, pero la cuestión de si estaba contenido o no por el río Océano quedaba en su opinión abierta. Ahora bien, pese a toda su erudición crítica, no consiguió renunciar del todo al concepto jonio de simetría. El Danubio, según Heródoto sabía bien, nacía en las montañas que se alzaban en algún lugar del oeste de Europa y fluía hacia el este hasta el mar Negro; como contrapartida, al otro lado del Mediterráneo, el Nilo también debía de nacer en las montañas occidentales africanas y había de fluir hacia oriente antes de virar hacia el norte para desembocar en el mar interior. Ni siquiera a las mentes tan inquisitivas como la suya les resultaba fácil abandonar ciertas ideas arraigadas.

Heródoto pasó los últimos veinte años de su vida en la ciudad griega de Turios, fundada poco antes en el sur de Italia. Es muy posible que el historiador conociera allí las teorías de Pitágoras, que había vivido en la ciudad de Crotona, también en la Italia meridional, un siglo antes, aproximadamente, hacia 530 a. C. Ambas urbes distaban entre sí apenas noventa kilómetros. Nunca sabremos qué credibilidad otorgó Heródoto a semejantes teorías, si es que llegó a tomárselas en serio. Los pitagóricos se sentían entusiasmados por los números, hasta el punto de que creían que «el cielo entero era armonía y números». Puesto que la forma más perfecta era la esfera, pensaban, los cuerpos celestes, que incluían la tierra, el sol y la luna, habían de ser esferas que se desplazaban en torno a un círculo. En el centro de este, teorizaban, había un gran fuego que no nos resultaba visible porque la parte habitada de la tierra miraba hacia el otro lado. Se trataba, bien es cierto, de una teoría basada en el razonamiento abstracto, pero se consideró que la idea de que la tierra era una esfera podía llegar a tener cierto valor explicativo. Podía dar cuenta, por ejemplo, de la razón por la que, a medida que uno transitaba hacia el norte, las estrellas polares alcanzaban una altura mayor en el firmamento y los días se tornaban más largos; y también del motivo por el que aparecían nuevas estrellas cuando uno se desplazaba hacia el sur.

La acumulación de observaciones fue refinando los fundamentos de esta nueva teoría. Parménides (*ca.* 512-*ca.* 450 a. C.), originario de la ciudad griega de Elea, en la Italia meridional, concluyó que la luna se desplazaba en torno a la tierra y no brillaba por sí misma, sino que reflejaba la luz del sol. Algo después, Anaxágoras (*ca.* 500-*ca.* 428 a. C.) desempeñó un papel decisivo al introducir todas estas ideas occidentales en Atenas, donde no tardaron en comenzar a reemplazar los antiguos conceptos jonios. Sócrates y Platón asumieron que la tierra era una esfera cuando, en torno a 370 a. C., Eudoxo de Cnido llevó a cabo ciertas observaciones que le permitieron estimar la circunferencia de la tierra. Aunque sus cálculos casi duplicaron su diámetro real, el suyo fue un esfuerzo estimable que dio el pistoletazo de salida a una nueva aproximación experimental al problema.

Las teorías, al fin y al cabo, eran útiles, pero sin la observación científica era imposible llevar a cabo ningún avance significativo. Este nuevo talante lo expresó con sencillez Aristóteles (384-322 a. C.) en su aforismo: «Debemos recopilar datos».

En sus numerosos escritos, Aristóteles exploró diversas áreas del conocimiento y recopiló las ideas y observaciones ajenas y añadió sus propias contribuciones. Al igual que algunos otros antes que él, Aristóteles creía que el mundo era una esfera, lo que se podía constatar observando que la sombra que la tierra proyectaba sobre la luna durante los eclipses era circular. Ahora bien, aunque aceptaba la idea de una esfera celeste, creía que era la tierra, y no un fuego invisible, lo que ocupaba el punto central. La tierra, argumentaba Aristóteles, debía de ser bastante pequeña, pues la disposición de las estrellas cambiaba de manera significativa a poco que el observador se desplazara. A sus ojos, ello demostraba que la distancia entre Iberia y la India a través del océano no había de ser particularmente grande.

La concepción del mundo, en definitiva, había cambiado profundamente en los cuatro siglos transcurridos desde que Hesíodo compusiera su poema en el sosiego de su vida pastoril. Pese a que todavía se produjeron nuevos descubrimientos, la visión griega del universo no volvió a verse seriamente cuestionada hasta los tiempos de Galileo.

MÁS ALLÁ DEL MARE NOSTRUM

Los fenicios, por su parte, comprendían muy bien que el Mediterráneo era un mar interno abierto al océano infinito tan solo mediante un pequeño estrecho. No en vano, llevaban desde el siglo x a. C. navegando de un extremo al otro del Mediterráneo y atravesando el susodicho estrecho para explorar las costas atlánticas. Dos siglos más tarde fundaron Gadir (Gades, en latín), un gran puerto de escala enclavado sobre dos islas atlánticas bajo la actual ciudad de Cádiz. Sus conocimientos del distante océano se difundieron con rapidez entre los navegantes mediterráneos. Pero bien pudiera ser, como veremos más adelante (*vid.* págs. 218-222), que ya las redes marítimas más tempranas que conectaron el Atlántico y el Mediterráneo occidental proporcionaran un vector a través del cual las historias acerca del océano exterior alcanzaron el Mediterráneo en momentos tan tempranos como, al menos, el siglo xii a. C. Estas fábulas, de hecho, pudieron ser las que inspiraron (o siquiera contribuyeron) a la creencia en un océano circunetráqueo.

A la altura del siglo vii a. C., los navegantes helenos como Coleo (*vid.* págs. 257-259) atravesaban ya el estrecho de Gibraltar para comerciar con los tartesios de la Iberia sudoccidental y narraban a su regreso toda suerte de relatos de primera mano del océano. Tras la fundación de la colonia griega de Massalia hacia 600 a. C., los conocimientos griegos del extremo occidental del Mediterráneo se ampliaron aún más gracias a las expediciones comerciales y a los intercambios de información con los otros navegantes. Por aquellos años, sin embargo, los fenicios habían comenzado ya a establecer un monopolio en la región.

En la mitología griega, el Mediterráneo terminaba en las Columnas de Heracles, más allá de las cuales se extendía el océano. Tal fue el escenario del décimo trabajo de Heracles, en el que el héroe hubo de apropiarse de los toros bermejos de Gerión

de la isla de Eritía. Para señalar el límite occidental de sus aventuras, de hecho, fue el propio Heracles quien erigió las dos columnas, una a cada lado del Estrecho. Por lo general, se asumía que la pilastra septentrional se refería al peñón de Gibraltar, mientras que la meridional era el Jebel Musa marroquí, pero Estrabón, citando un pasaje perdido de Píndaro, advierte que este último poeta se había referido a las columnas como las «puertas de Gades». Ello abría la posibilidad de que estas fueran, en realidad, las del templo de Melqart en Gades, habida cuenta de que el dios fenicio Melqart podía identificarse con el Heracles griego. Otro mito, mucho más pintoresco, aunque muy apreciado por los escritores romanos, sostenía que Heracles, en su viaje hacia occidente rumbo al jardín de las Hespérides, se había topado con una cordillera montañosa; el héroe no dudó en destruirla para abrirse camino a través de ella, creando así el Estrecho y conectando, de paso, el Atlántico con el Mediterráneo. No sorprende que tan espectacular accidente geográfico alentara una mitología tan rica. El estrecho paso era, en sí mismo, un espacio liminal: un enclave que aunaba peligro y admiración, en particular entre los marinos que lo atravesaban para transitar entre el familiar Mediterráneo y el desconocido océano exterior.

Aunque algunas naves helenas ya habían verificado la travesía del estrecho de Gibraltar entre los siglos VII y VI a. C., Píndaro, a principios del V a. C., no albergaba ninguna duda de que el Atlántico era una región que evitar. Al describir las Columnas de Heracles, que situaba en el extremo occidental del mundo conocido, y, por ende, sumamente alejadas del hogar, aconsejaba: «No es cosa fácil avanzar adelante por la mar intransitable allende las Columnas de Heracles [...]. ¡No se puede llegar al oscuro poniente de Gades! ¡Vuelve de nuevo a la tierra de Europa los aparejos de la nave!» (*Nemeas* 3.21 y 4.69-70).

Los fenicios, en cambio, eran mucho más aventureros. En torno a 600 a. C., una expedición patrocinada por el faraón Neco II se reunió en el mar Rojo y circunnavegó África, para regresar tres años después tras haber atravesado las Columnas de Heracles. Dos siglos más tarde, aproximadamente, otros marinos fenicios exploraron las costas atlánticas. Conocemos el nombre de dos de ellos: Hanón, que bordeó el litoral occidental africano; e Himilcón, que parece que se adentró en el Atlántico. Volveremos más tarde a la geografía de sus aventuras (*vid.* págs. 307-312), pero, por el momento, nos interesa la percepción que estos navegantes se forjaron del océano. La descripción más detallada en este sentido nos la aporta Himilcón, «transmitida durante mucho tiempo por los anales confidenciales de los púnicos», y citada de manera selectiva en el flagrantemente pretencioso poema compilado por un administrador romano, Rufo Festo Avieno, en el siglo IV d. C. Bastan unas pocas líneas de su *Ora Marítima*, pese a todo, para dar una idea de las impresiones transmitidas:

Himilcón cuenta que desde estas Columnas hasta la zona occidental existe un abismo marino ilimitado, que la mar se extiende a lo ancho, que se despliega un salado mar. Nadie se aventuró en estas aguas, nadie metió sus carenas en aquel llano marino, bien porque falten en alta mar auras que las impulsen, bien porque

ningún soplo del cielo empuje la popa, o incluso porque la calma revista el aire con una especie de velo, bien porque la niebla oculte permanentemente el abismo marino y se mantenga un muy espeso nublado durante el día.

Avieno, Ora Marítima 380-389

En otro momento, Avieno describe cómo «las bestias marinas recorren la mar por aquí y por allá, que los navíos se desplazan lentos y lánguidos entre monstruos que nadan por medio»; y, una vez más, «un pánico intenso mora en estas aguas a causa de los monstruos». Cuando el viento se detiene, «el líquido elemento de una llanura marina encalmada se inmoviliza en sus reinos», a lo que se suma que «emerge entre las aguas abundante urchilla y que a menudo refrena la popa como si fuera maleza». Himilcón, evidentemente, no disfrutó demasiado de su encuentro con el océano. Quizá su barco se vio empujado hacia el sur hasta la zona de calmas ecuatoriales y alcanzó el mar de los Sargazos, como algunos autores han propuesto, o puede que el capitán cartaginés cargara sus informes de palabras desalentadoras solo para engrandecer su propia hazaña en detrimento de las de sus rivales. Una tercera posibilidad, desde luego, es la de que Avieno adornara el relato original púnico. De cualquier manera, un punto de la narración que nos resulta del mayor interés es en el que se nos dice que, según Himilcón, el Atlántico «podía ser atravesado en apenas cuatro meses». ¿Se trata quizá de una prueba de que el marino navegó hacia el oeste en busca de las Islas de los Bienaventurados, aunque terminara viéndose obligado a regresar? Sea como fuere, los escritores posteriores, como Piteas de Massalia, que se internó en el Atlántico desde la Girona para circunnavegar Britania a finales del siglo IV a. C. (*vid.* págs. 317-324), ofrecieron una perspectiva mucho más realista del océano y destacaron sus temibles olas y el gran alcance de sus mareas, características ambas que, necesariamente, debían de intrigar a los marinos habituados al Mediterráneo.

En el siguiente capítulo exploraremos con cierto detalle la cuestión de hasta qué punto fue estrecha la interacción entre los navegantes mediterráneos y el Atlántico. El registro arqueológico indica de manera bastante clara que, por toda la fachada atlántica, entre el río Mondego, en Portugal, y la isla de Mogador, en la costa marroquí, se establecieron colonias comerciales fenicias entre las que las navegaciones de cabotaje hubieron de ser continuas. Un puñado de referencias dispersas entre la literatura clásica sugiere que ciertos marinos, entre ellos algunos griegos, emprendieron viajes exploratorios, pero con toda probabilidad estaban más interesados en tantear las oportunidades comerciales que les pudieran ofrecer las comunidades costeras que en internarse en la mar.

Hacia la época en la que Aristóteles compilaba sus tratados a mediados del siglo IV a. C., la noción, aceptada de forma amplia, de que el mundo era una esfera espoleaba nuevas indagaciones. De ser cierta esa teoría, el marino que lograra atravesar el océano no llegaría al temible fin del mundo, el punto en el que se unen cielo y tierra, sino a la India. Los aventureros encontraron aquí una nueva oportunidad de

OCÉANO

1.8. Tanto en el arte rupestre escandinavo como en objetos de bronce podemos encontrar la imagen de un navío con uno o más discos solares, lo que sugiere la creencia de que el sol se transportaba por mar, bajo el mundo, desde el lugar donde se ponía en el oeste hasta el lugar donde nacía. La imagen superior de Engelstrup (Dinamarca), muestra una danza solar y a la tripulación de una nave que porta representaciones del sol, mientras que, en la inferior, que proviene de Jægerborg Dyrehave, Dinamarca, aparece un disco solar transportado por un barco. Ambas datan del final de la Edad de Bronce, ca. 1100-700 a. C.



aumentar su reputación y sus conocimientos y las personas con una mente más inclinada a los negocios tampoco debieron de pasar por alto las oportunidades comerciales que semejante singladura ofrecería. Si los cálculos que defendía Aristóteles eran correctos, la distancia que separaba Grecia del Lejano Oriente era menor a través del océano, navegando hacia occidente, que por tierra viajando hacia el este. Esta novedosa noción quedó explicitada en la sucinta afirmación del geógrafo griego Eratóstenes de Cirene (ca. 285-ca. 205 a. C.), según la cual era posible, partiendo desde las costas de la península ibérica y navegando siempre en la misma latitud, alcanzar la India. Al valorar todos estos datos, Estrabón concluyó: «En efecto, aquellos que

intentaron dar la vuelta completa [al Océano] y luego dieron marcha atrás, no dicen que retrocedieron porque se les hubiera presentado el obstáculo de un continente que les impidiera seguir adelante en su navegación, sino por falta de recursos y por la total soledad, pese a que el mar seguía ofreciendo no menor facilidad para pasar» (*Geografía* 1.1.8). Este asombroso pasaje implica, en efecto, que algunas personas trataron de atravesar el océano; lo que nunca sabremos es cuántos lo intentaron y cuántos de ellos consiguieron regresar.

Los navegantes del Mediterráneo que se internaron en el océano exterior tuvieron que contactar con los marinos de las comunidades indígenas que habitaban la costa oceánica, gentes que, desde el Mesolítico, habían dominado el arte de la navegación en las aguas costeras atlánticas y habían desarrollado embarcaciones capaces de afrontar los rigores de las temibles tormentas atlánticas. Estas poblaciones indígenas debían de mantener una singular relación con la mar; más intensa, quizá, que la que los marinos mediterráneos tenían con su propio mar. No en vano, a diario experimentarían el prodigio del sol hundiéndose en las aguas, seguido de esos momentos en los que la luz todavía colorea las nubes tras la desaparición del astro. El portento del sol poniente nunca deja de impresionar. La observación del punto en el que se pone el sol, un punto que se va desplazando de forma gradual por el horizonte a medida que avanzan las estaciones, fomentó un interés especial por la periodicidad del tiempo. A una escala diferente, el paso del tiempo también se ponía de manifiesto a través de las mareas, tanto por la variación de su amplitud como por la oscilación de las horas de pleamar y bajamar; y no parece insuperable cotejar estas observaciones con los ciclos de la luna. Todo ello cristalizó en la mitología y en los sistemas de creencias de estas comunidades costeras, pero, a falta de escritura, apenas tenemos evidencias al respecto. Es posible, no obstante, que las recurrentes imágenes de la iconografía escandinava de la Edad del Bronce en las que se representa un disco solar a bordo de un navío nos aporten un valioso indicio en este sentido: tal vez estén evidenciando la creencia en un viaje diario del sol a través de las aguas, bajo la tierra, entre la puesta de sol y el alba.

La difusión desde el quinto milenio a. C. de una misma cosmología distintiva de base solar por las regiones atlánticas se pone de manifiesto en la cuidadosa ubicación de los numerosos monumentos megalíticos. El mejor conocido de todos ellos es Stonehenge, que, a la altura de 2000 a. C., fue diseñado de manera que sus ejes se alinearan hacia el amanecer del solsticio de verano y el atardecer del solsticio de invierno. Mas tal grado de refinamiento tan solo se consiguió tras varios milenios de perfeccionamiento. Mil años atrás, las tumbas de corredor megalíticas de Newgrange (Irlanda), Maes Howe (Orcadias) y otras muchas localidades se orientaron con meticulosidad para capturar los rayos de sol durante los solsticios. Resulta evidente que esto se pudo llevar a cabo solo gracias a una comprensión detallada de la actividad solar y a un largo periodo de observación y experimentación, independientes ambos de los desarrollos que, entretanto, se estaban produciendo en el Mediterráneo. De hecho, es muy posible que la cosmología de las comunidades neolíticas de las

costas atlánticas estuviera mucho más avanzada que la de los pueblos mediterráneos, aunque carecemos de evidencias suficientes para demostrarlo. Transcurrieron todavía muchos siglos antes de que Hesíodo pudiera demostrar su buen conocimiento de ciertos fenómenos básicos, como los solsticios. Es difícil concretar por qué los fenómenos solares adquirieron tanta importancia a lo largo de la fachada atlántica, salvo por la circunstancia de que quienes vivían en las costas del océano podrían experimentar a diario el prodigio del sol hundiéndose en la mar.

En Irlanda, la enorme significación de la puesta de sol se continuó reflejando en las tumbas de corredor de la segunda mitad del segundo milenio a. C., concentradas en el sector occidental de la isla. Todas las que han podido estudiarse en detalle estaban orientadas hacia el sol poniente, de tal manera que sus últimos rayos pudieran penetrar en su interior. El sistema de creencias que subyace tras este tipo de enclaves podría ser el mismo que el que tenemos documentado para épocas posteriores en la literatura vernácula irlandesa referente al gran dios Donn, cuyo hogar radicaba, como ya se dijo, sobre un islote de la costa sudoeste al que los muertos se veían incitados a acudir atraídos por la luz de la puesta de sol.

LA MAR COMO ALEGORÍA DE LA VIDA

La gran trascendencia emocional que el océano occidental tenía para los irlandeses paganos, combinada con las creencias de la Iglesia céltica, dio lugar a una tradición literaria de fuerte singularidad: los *immrama* (relatos de viajes). En sus primeros años, la cristiandad céltica estuvo muy influida por las enseñanzas de los padres del desierto, para quienes la vida ascética, ajena al reconfortante consuelo que suponía la pertenencia a una comunidad, era la única vía segura para conseguir una comunión más perfecta con Dios. Empujados por semejantes creencias, los monjes irlandeses optaron por aislarse en enclaves remotos, que, a menudo, resultaron ser islotes. Así, de la misma manera que los padres del desierto perseguían la salvación entre los páramos arenosos de Oriente Próximo, para los monjes irlandeses no hubo mejor desierto que el océano occidental.

La mar, como el desierto, se concibió como un lugar por el que vagar en busca del autoconocimiento y la salvación. Los *immrama*, de hecho, abordan los temas interrelacionados del Viaje y el Otro Mundo. Sus protagonistas se embarcan y navegan sin rumbo, topándose, de tanto en tanto, con lugares extraños y milagrosos. Hablamos, por supuesto, de relatos imaginarios arraigados en la concepción pagana céltica del Otro Mundo y adornados con pasajes tomados de los viajes de los numerosos navegantes que sí tenían historias reales que contar: ermitaños, misioneros y pescadores. Los monjes que compilaron todas esas historias, de hecho, vertieron igualmente en ellas sus conocimientos de la *Eneida* de Virgilio y las *Metamorfosis* de Ovidio. Y los resultados fueron cautivadores: unos relatos repletos de aventuras sumamente imaginativas, apasionantes, a menudo humorísticos y llenos de sorpre-



sas. En ellos, los viajeros, atrapados sin remedio por el curso de los acontecimientos, se ven obligados continuamente a tomar decisiones y replantearse sus propios valores. Gracias a todas esas experiencias, quienes consiguen salir airosos se convierten en mejores personas. Los *immrama*, en definitiva, constituyen una alegoría incomparable del viaje vital.

Solo conservamos tres de los siete *immrama* mencionados en las listas que ofrecen las sagas. De entre ellos, destaca por su antigüedad *El viaje de Máel Dúin*, pues, aunque ha llegado hasta nosotros en un manuscrito del siglo x, el original se compuso, probablemente, en torno al viii y sirvió de inspiración directa para *El viaje de San Brandán (Navigatio Brandani)*, que tanta influencia alcanzó durante toda la Edad Media.

El viaje de Máel Dúin comienza con la partida del protagonista y sus compañeros en busca del asesino del padre de aquel, pero, dado que el cortejo no se atuvo a las instrucciones específicas que les brindó el druida al que habían consultado, su misión fracasó y una terrible tormenta arrastró su barco mar adentro. Inseguros por qué rumbo tomar, los navegantes terminaron permitiendo que el barco navegara hacia donde Dios quisiera guiarles. Y así comenzaron sus extravagantes aventuras, arrastrados de una isla a otra (hasta un total de 31) y topándose con un batiburrillo de extrañas bestias y desconcertantes acontecimientos, impregnados todos ellos de la magia del Otro Mundo. Sirva este ejemplo como caso ilustrativo:

1.9. Muchos monumentos megalíticos de la Europa atlántica se construyeron en relación con los fenómenos celestes. Stonehenge, en la llanura de Salisbury, es buen ejemplo de ello. Su eje queda alineado con el amanecer durante el solsticio de verano y con el atardecer en el de invierno. El más espectacular de los dos es el solsticio de invierno, pues el descenso del sol se vislumbra a través del hueco que dejan los dos postes del gran trilito central.

Encontraron otra isla rodeada de una muralla de piedra. Cuando se aproximaron, una gran bestia se irguió y comenzó a correr por toda la isla [...]. Ascendía hasta la cima de la isla y se estiraba en el suelo, con las patas al aire. Podía plegarse bajo la piel, reordenando su carne y sus huesos sin que la piel se moviera; o en otras ocasiones cambiaba la piel, conservando los huesos y la carne.

Immram Curaig Maíle Dúin

Después de leer toda la historia, es imposible dejar de admirar la genial creatividad y el sentido del humor del autor. La embelesada audiencia se vería impelida a reflexionar acerca del significado profundo de las aventuras que Dios había dispuesto para los viajeros y de las situaciones inesperadas que, de tanto en tanto, la vida podía deparar. Pero la verdadera habilidad del narrador fue la de conectar las enseñanzas morales de la Iglesia con las profundas creencias en los poderes de la mar, las emociones del viaje y la expectativa natural de que, en la inmensidad del océano, hubiera todavía islas por descubrir.

El viaje de San Brandán, compuesto a finales del siglo IX o comienzos del X, se inspiró de cerca en un *immram* anterior, pero su intención fue la de presentar, de manera implícita, una panorámica de la vida monástica ideal, mostrando a san Brandán como ejemplo del respeto a los valores y las observancias monásticas. En este caso, *El viaje* es tan solo el pretexto para exhibir la piedad de un hombre. La narración, de hecho, reúne tres periplos separados: el desplazamiento del anciano monje Barinto para visitar a Mernoc en la Isla de los Placeres; el viaje de ambos hacia la Tierra de la Promesa de los Santos; y, finalmente, la marcha de san Brandán y sus seguidores para descubrir por sí mismos la mencionada Tierra de la Promesa. En este contexto, la Tierra de la Promesa se refiere, a buen seguro, a la «Tierra Prometida» bíblica, un territorio de abundancia y paz al que irán a parar los justos

1.10. Con el fin de encontrar un «desierto» en el que alejarse de la reconfortante domesticidad de la vida familiar para contemplar mejor a Dios, los monjes cristianos irlandeses se hicieron a la mar en busca de islas remotas. La más espectacular de todas fue la descarnada roca piramidal de Skellig Michael, frente a la costa sudoeste de Irlanda, en la que sabemos que se estableció una pequeña comunidad de monjes. Encaramados muy por encima de las olas, a menudo permanecerían envueltos entre la niebla y las nubes.





1.11. San Brandán y sus seguidores desembarcaron en lo que pensaron que era una isla, solo para descubrir algo después que se trataba de una gigantesca criatura marina.

tras los juicios y las tribulaciones de la vida. *El viaje de San Brandán* alcanzó una enorme popularidad durante la Edad Media, hasta el punto de que se tradujo a diversos idiomas y sirvió de inspiración para muchos viajeros que se adentraron en el Atlántico creyendo que el relato era una descripción precisa del mundo real. Sin reparar en que el *viaje* no era sino una alegoría de la buena vida cristiana.

ISLAS EN EL OCÉANO

La persistente creencia en las Islas de los Bienaventurados, enclavadas en medio del océano, es uno de los rasgos más notables de la mitología atlántica. Fue Hesíodo, como hemos visto, el primero en plasmarla por escrito en el siglo VIII a. C. y todavía se percibe su eco en momentos tan tardíos como finales del XIX d. C. Hablamos de un mito con una estructura muy sencilla: el río Océano rodea el mundo, pero más allá de la corriente, en la región sobrenatural en la que se encuentran cielo y tierra, es donde las almas de quienes lo merecen, guiadas hasta su destino por el sendero del sol poniente, encuentran el descanso y la plenitud eternos. Este paraíso se conceptualizaba, por lo

OCÉANO

general, como unas islas milagrosas, que, de manera alternativa, se conocían como jardín de las Hespérides, islas Afortunadas o la Tierra de la Promesa de los Santos.

El concepto, sin embargo, fue reformulado por Platón, quien, en dos de sus diálogos, *Timeo* y *Critias*, redactados ambos a mediados del siglo IV a. C., desarrolló la noción de una isla inmensa ubicada en el océano que se extendía más allá de las Columnas de Heracles, a la que llamó Atlántida. Se trataba, según él, del predio del dios Poseidón y era más grande que Asia y África juntas. Al principio, sus habitantes fueron ricos y prósperos, pero pronto se corrompieron y trataron de conquistar el mundo, empresa en la que solo Atenas logró hacerlos frente. Mas los atlantes terminaron haciendo perder la paciencia al mismísimo Zeus, a resultas de lo cual

[...] tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar. Por ello, aún ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar, y que se encuentra a muy poca profundidad.

Platón, *Timeo* 25c-d

Estos sucesos, continúa Platón, tuvieron lugar nueve mil años atrás y tan solo fueron recordados por los egipcios, de quienes obtuvo la noticia Solón, que se encargó de traerla a Grecia hacia 600 a. C.

Apenas sorprende que un relato tan gráfico y potente haya suscitado tantos y tan encendidos debates desde los tiempos de Platón. Quizá el filósofo se inspiró, en efecto, en ciertos mitos egipcios, pero la historia en su conjunto debe contemplarse como una alegoría, un genial esquema estructuralista diseñado por Platón para facilitar la discusión acerca del Estado ideal, uno de los temas clave de la *República*. El relato se construye en torno a todo un juego de oposiciones: la Atlántida de más allá de las Columnas, mítica y corrupta, frente a la Atenas de este lado de las Columnas, real y próspera. En último término, el Estado ideal triunfa mientras que el sistema político imperfecto se hunde en el olvido. Sin duda, el propio Platón se hubiera mostrado sorprendido (y divertido) por los ingenuos esfuerzos de tantos y tantos autores que, a lo largo de los años, se han afanado por localizar la Atlántica.

La difusión de los mitos y las alegorías en tono a las islas atlánticas alentó la exploración del océano. Aunque algunos navegantes, como el explorador fenicio Hanón, prefirieron mantenerse cerca de la costa, parece que otros, como Himilcón, se adentraron mucho más en la mar. Bien es cierto que Himilcón reconoció no haber encontrado otra cosa que bajíos y algas, pero otros fenicios sí que alcanzaron las islas Canarias y puede que algunos incluso desembarcaran en Madeira. En el siglo II d. C., de hecho, el historiador griego Plutarco conocía la existencia de las Canarias y las consideraba los Campos Elíseos mencionados por Homero. Apenas unos años después, el geógrafo Tolomeo las denominaba ya sin vacilar islas Afortunadas

y situaba en ellas el meridiano más occidental de su sistema de referencia; práctica esta que, por cierto, se respetó en Francia hasta el siglo XIX.

Los eruditos altomedievales se apropiaron de la concepción clásica del mundo a través de una serie de vías diversas, entre las que cabe mencionar las bibliotecas monásticas que atesoraron los textos antiguos, los escritos de los científicos y geógrafos árabes y las compilaciones enciclopédicas como las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla (ca. 560-636). Fue, en efecto, a través de la tradición monástica como la noción de las Islas de los Bienaventurados penetró en el imaginario de los monjes irlandeses, combinándola con la idea cristiana del paraíso terrenal. También Isidoro creía en las islas atlánticas y, de hecho, mencionó de manera explícita en su obra a las islas Afortunadas, las Górgades y las Hespérides. Su otra gran contribución fue la de transmitir una concepción del mundo en nada distinta a la de los primeros geógrafos jonios, basada en una tierra rodeada por un océano circundante y dividida en tres porciones: Asia, Europa y África. En su forma más simple, el mundo así concebido fue plasmado de manera simbólica mediante los mapas «de T en O»; una figuración que se tornó habitual durante la Edad Media.

A lo largo de la fachada atlántica, la creencia en las islas milagrosas no fue exclusiva de las comunidades cristianas irlandesas. Una leyenda bretona cuenta la historia de un centenar de monjes que se internó en el océano «para contemplar [sus] innumerables maravillas». La divinidad los condujo a una isla con una montaña dorada y una ciudad construida con oro de la que, al final, consiguieron regresar sanos y salvos a sus casas y terminar así un viaje de tres años. Mayor difusión alcanzó la leyenda de los siete obispos. Durante la conquista musulmana de la península ibérica en el siglo VIII, se dice que el obispo de Oporto, acompañado de otros seis prelados, se hizo a la mar para huir del ejército árabe y se llevó consigo a sus seguidores cristianos, su ganado y abundantes víveres para la travesía. Navegaron hacia el oeste, adentrándose en el Atlántico, hasta que, un tiempo después, descubrieron una gran isla y decidieron asentarse en ella y fundar siete ciudades, una para cada obispo. La bautizaron Antillia, también conocida como la Isla de las Siete Ciudades. El nombre de Antillia ha sido objeto de diversas interpretaciones, pero es probable que derive del portugués *Ante-Ilha*, «Isla Opuesta», en referencia a su supuesta ubicación frente a Portugal. Aunque los detalles circunstanciales de la fábula la tiñen de cierta verosimilitud, lo cierto es que no existe ninguna isla de tales características, por lo que el relato debe quedar relegado a la esfera de los mitos.

El avance de las huestes árabes por el norte de África fue espectacularmente rápido. Fustat (la actual El Cairo) se tomó en 642 d. C. y, tan solo cuarenta años después, Uqba ibn Nāfi, tras una frenética marcha hacia el oeste que había arrancado en Cartago, se internó con su caballo en el Atlántico exclamando que solo el océano evitaría que sus conquistas continuaran progresando. En 711, las fuerzas musulmanas cruzaron el estrecho de Gibraltar para comenzar la conquista de la península ibérica, de tal manera que, a mediados del siglo VIII, los árabes quedaron a orillas del Atlántico entre el norte de la Península y el sur de Marruecos.

El geógrafo e historiador árabe del siglo X al-Mas'udi, pese a todo, no mostraba demasiado interés por el océano que se extendía ante sus ojos. En su descripción de los

OCÉANO

faros emplazados «donde se encuentran el Mediterráneo y el Océano», indica que estaban rematados con estatuas que apuntaban a la mar como diciendo: «Es imposible ir más allá; más allá de mí no hay travesía posible para ti, que penetras en el Océano desde el Mediterráneo. Ningún barco se interna en el Océano, pues no contiene tierras habitadas, ni ningún animal racional mora en él. Dónde comienza y dónde termina, nadie lo sabe». Con estas palabras, al-Mas'udi se estaba haciendo eco de la concepción que Píndaro había plasmado por escrito quince siglos antes. Los árabes dieron varios nombres al océano: el mar Verde, el mar de las Montañas del Atlas, el Océano Circunambiental (este último recogiendo la noción jonia del río Océano)... Pero, para muchos de quienes lo conocieron bien, el océano fue siempre el «Mar de las Tinieblas Perpetuas».

Al-Mas'udi sabía de la existencia de las islas Canarias gracias a sus lecturas de la obra de Tolomeo; por ello, las denominaba Jaza'ir al-Khalidat, las Islas Eternas. Un geógrafo posterior, al-Idrisi, afirmaba en el siglo XII que «hay 27 000 islas en esta mar, algunas de ellas deshabitadas, pero otras no. Hemos mencionado las que se encuentran más cerca del continente, todas ellas deshabitadas. En cuanto a las demás, no merece la pena referirse a ellas». Por lo que parece, también él confió en las informaciones de Tolomeo para realizar esta afirmación. Ahora bien, al-Idrisi continuaba su tratado dando cuenta de una expedición a las Islas Eternas que había terminado en fracaso debido al fallecimiento de su comandante, pero que, al menos, le había permitido al geógrafo conocer el nombre de dos de aquellas islas: Masfahan (quizá Tenerife) y Laghus (puede que Gran Canaria).

Es difícil evaluar el verdadero alcance de las exploraciones árabes del Atlántico. A comienzos del siglo X, por ejemplo, sabemos que un habitante de Córdoba, Jashjash, alistó a un contingente de jóvenes de la ciudad para emprender una expedición marítima. Desconocemos el rumbo que tomaron, pero, puesto que regresaron sanos y salvos y cargados de botín, parece más probable que se dedicaran al saqueo de las poblaciones costeras que a la exploración atlántica. Una marcha mucho más célebre tuvo lugar a finales del siglo XI o comienzos del XII, cuando ochenta *mugharrirun* (exploradores intrépidos) lisboetas «partieron para navegar el Mar de las Tinieblas Perpetuas con el fin de descubrir qué había en él y dónde terminaba». Al-Idrisi relata la andanza con suficiente detalle como para colegir que se trató de una expedición real, a lo largo de la cual los marinos llegaron a desembarcar en Madeira y las Canarias. Desgranaremos los pormenores de este lance en un capítulo posterior (*vid.* págs. 400-401); por el momento, baste señalar que los *mugharrirun* dieron por concluido su periplo cuando alcanzaron las costas marroquíes, después de lo cual regresaron a Lisboa y fueron honrados hasta tal punto que se bautizó una calle con sus nombres. Al-Idrisi menciona algunas otras islas atlánticas y especifica sus características singulares, acopiadas, a buen seguro, gracias a los relatos de los marinos. Unas historias que, en parte, pudieron estar basadas en el avistamiento real de las Canarias, Madeira o incluso de las Azores, que, en otros casos, no serían sino imaginativas invenciones pero que, en conjunto, conformaron las ricas tradiciones del océano.

A medida que más y más hombres se aventuraron en el Atlántico y comenzaron a alejarse de forma progresiva de las aguas costeras, se fueron descubriendo nuevas

islas y estableciéndose sus posiciones, las cuales quedaron plasmadas en los mapas que, desde comienzos del siglo XIV, empezaban a dibujarse cada vez en mayor número. Pero ¿qué sucedió con las islas míticas? Algunas fueron vinculadas con las islas recientemente descubiertas, como Tolomeo ya había hecho sin ningún reparo al identificar las Canarias con las islas Afortunadas, una versión romanizada de las muy anteriores Hespérides de Hesíodo y Homero. Otros, en cambio, prefirieron pensar que estos paraísos escurridizos aún estaban por descubrir, por lo que, a medida que los conocimientos del Atlántico se incrementaban, los dibujantes de mapas se veían obligados a desplazarlos cada vez más hacia el interior del océano desconocido.

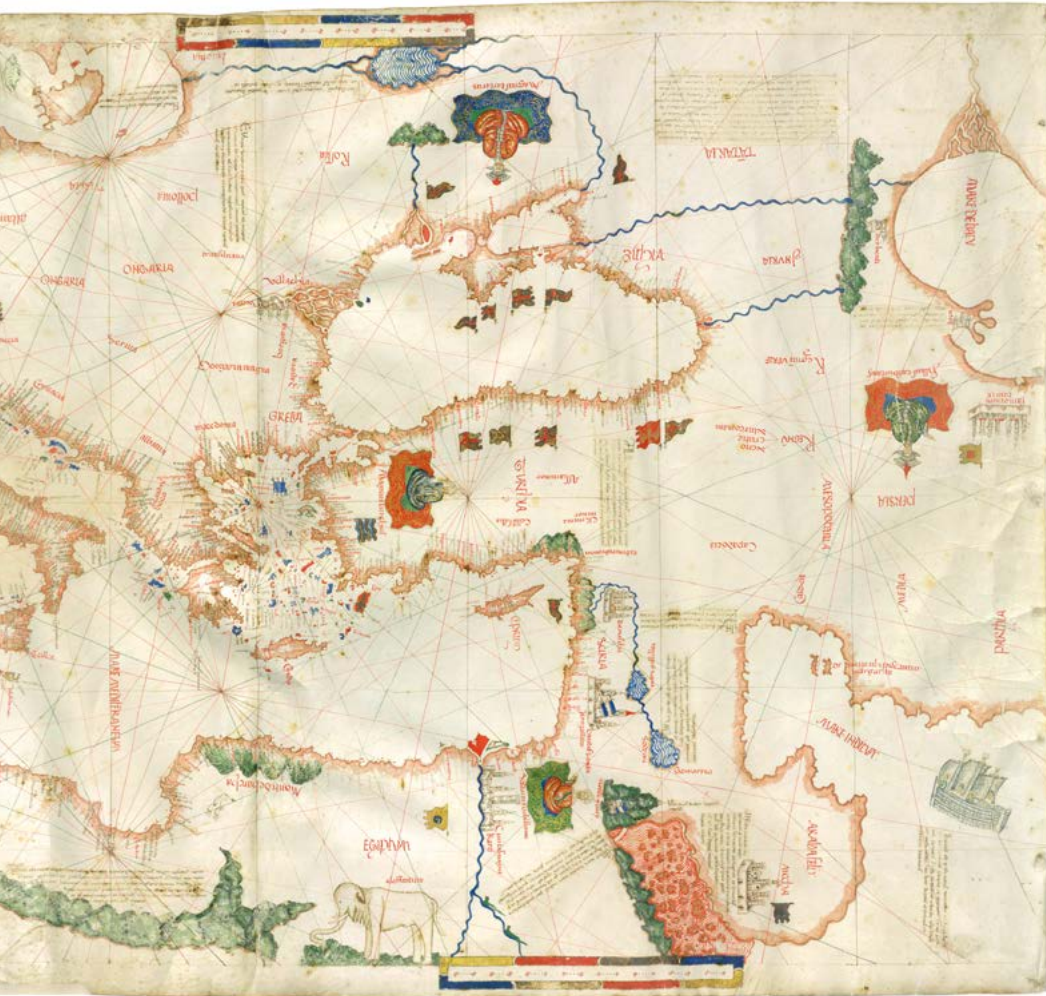
Una de las islas fantasmas más persistentes, como hemos visto, fue Antillia, la Isla de las Siete Ciudades. Aparece mencionada por primera vez en un portulano de 1424, que la ubica al oeste de la península ibérica, en medio del océano. Un mapa posterior, de 1492, muestra asimismo la isla y la etiqueta con una leyenda referida a su colonización, con el enigmático añadido: «En 1414 un barco español se aproximó mucho a la isla». No es la única noticia que conservamos de un supuesto avistamiento. En torno a 1430, los tripulantes de un navío portugués que se había desviado de su rumbo dijeron haber desembarcado en el enclave y haber rezado en una de sus iglesias. Tanta confianza se tenía en la existencia de la isla que, a finales del siglo XV, se fletaron diversas expediciones para redescubrirla. Los mapas contemporáneos la figuraban como una enorme isla rectangular emplazada en medio del océano, más allá de las Azores, al alcance de cualquier navegante mínimamente competente. Pero Antillia permaneció, sorprendentemente, elusiva. Para muchos, no obstante, el problema quedó resuelto de manera definitiva cuando Colón descubrió las islas del Caribe y la cercana costa americana. Se sugirieron entonces diversas identificaciones para Antillia, como Cuba, La Española o Florida. En el mapa de Cantino de 1502, de hecho, el cartógrafo no tuvo reparo en etiquetar las Indias Occidentales como «Antillias de Reg de Castella». El misterio de Antillia, que llevaba intrigando a los navegantes durante casi ocho siglos, se dio por fin por aclarado, aunque nadie pudo nunca explicar qué había sido de las siete ciudades cristianas fundadas por los obispos.

Otra isla mítica aún más recurrente fue Hy-Brasil, situada, según se creía, en algún punto al oeste de las costas de Irlanda. En la mitología céltica, este era el Otro Mundo encantado, repleto de paz y plenitud, al que aspiraban los navegantes dispuestos a enfrentarse al océano. Se mencionó por primera vez en el siglo VII, en el contexto de las aventuras de Bran, hijo de Febal. En efecto, un hada, deseosa de engatusar al joven para que emprendiera el viaje hacia la Tierra de las Mujeres, le describió las maravillas que allí le aguardaban:

La isla se sustenta sobre cuatro columnas de oro. Los carros son de oro, plata y bronce y allí no hay tristeza, ira o dolor, no hay enfermedad ni muerte. Allí preside el dios sol, quien aparece al amanecer para iluminar las llanuras. Cabalga sobre la blanca explanada, contra la que el Océano murmura. Él revuelve las aguas, tiñéndolas de sangre.



En la mitología cristiana, el lugar se convirtió en la Tir Tairngiri (la Tierra de la Promesa) anhelada por diversos héroes y, desde principios del siglo XIV, se plasmó en los mapas como una isla circular llamada Hy-Brasil, Brazir o mediante alguna otra variante. Su longevidad, de cualquier manera, fue notable. La encontramos por primera vez en un mapa de 1325 trazado por el cartógrafo genovés Angelino Dalorto y continuó en los portulanos, con el nombre de Roca de Brasil, hasta su eliminación definitiva en 1865. Lo cierto es que Hy-Brasil fascinó a los irlandeses durante siglos. En un recuento académico de las diversas historias que se habían contado de ella, publicado en 1912 en los *Proceedings of the Royal Irish Academy*, el anticuario T. J. Westroop consignó que él mismo había avistado la isla en, al menos, tres ocasiones. La más reciente había tenido lugar a última hora de una jornada estival de 1872; era



1.12. Mapa de Bartolomeo Pareto, fechado en 1455. Muestra numerosas islas atlánticas, algunas reales y otras imaginarias.

«una tarde clara, con un bello atardecer dorado, cuando, justo en el momento en el que el sol se ponía, una isla oscura apareció de improviso en medio de la mar, pero no en el horizonte. Tenía dos colinas, una de ellas arbolada, y, entre ellas, en la llanura, surgían torres y volutas de humo». Quienes estaban con él, incluida su madre, vieron lo mismo al mismo tiempo, «con la misma apariencia realista». Nadie duda de la veracidad de la visión publicada en las augustas páginas de los *Proceedings*, pero ¿qué fue lo que realmente avistaron? En estos tiempos racionalistas, hemos de reconfortarnos con la hipótesis de que es posible que no fuera más que un espejismo provocado por la inversión térmica.

El océano occidental, en el que el sol se pone cada tarde, tuvo siempre un halo sobrenatural. Era el enclave en el que se situaba el paraíso y del que la imaginación

OCÉANO

podía elucubrar sin freno. No sorprende, pues, que haya atraído la atención de los curiosos a través de los siglos. Al principio, fue un más allá, un lugar que se debía conceptualizar. Tiempo después, a medida que los humanos se tornaron más aventureros y técnicamente competentes, se convirtió en una región a la que enfrentarse, un mundo esotérico que uno debía experimentar. Pero todo esto cambió con los descubrimientos de Colón. A principios del siglo XVI, la gente sabía que más allá del océano había un Nuevo Mundo que colonizar. Comenzó así la gran migración



de población hacia occidente: viajaron primero los aventureros españoles y portugueses; al poco, los colonos franceses y británicos; y, apenas unos años después, los irlandeses y otros europeos que huían de la depresión económica y la tiranía. Antes de 1500 d. C. lo importante era el trayecto: la experiencia de estar en el océano, a merced del océano y de regresar para contarlo. Tras esa fecha, cuando el destino se convirtió en lo fundamental, el Atlántico quedó reducido a poco más que un obstáculo que debía franquearse lo antes posible.



1.13. Proyección de Mollweide del globo de Martin Behaim de 1492. La representación de las islas del Atlántico –Canarias, Madeira, Azores y las islas de Cabo Verde– es bastante aproximada pero, más allá, hacia el oeste, el mapa es pura especulación.

DESPERTA FERRO



Libro completo [aquí](#)

EDICIONES

¿Qué ha llevado al ser humano a lanzarse a la mar, un espacio ajeno y amenazante, que da, pero que, muy a menudo, arrebatata? En esta obra, de amplia perspectiva y profundo conocimiento, Barry Cunliffe, catedrático emérito de Arqueología en Oxford, nos lleva desde las primeras tentativas de exploración del Mediterráneo, hace 100 000 años, hasta los viajes transoceánicos del siglo XVI, que cartografiarían el globo.

Con una visión renovadora sobre la historia de todo un continente, el libro explora las expediciones en busca de tierra, fama y fortuna que tentaron a los europeos, primero a lo largo y ancho de ese «mar interior» que es el Mediterráneo y después hacia las profundidades de ese temible e inabarcable océano que es el Atlántico.

Desde los cazadores recolectores del Paleolítico hasta los descubridores españoles, desde los mercaderes fenicios a los piratas vikingos y desde Piteas a Colón, *Océano* dibuja el espacio de conectividad y comunicación que fueron, y son, el Mediterráneo y Atlántico; arterias por las que fluyeron gentes, objetos, productos e ideas. Y cuenta la historia de cómo la innata curiosidad humana ha moldeado el mundo y hallado así una respuesta a los interrogantes que antes planteábamos: la pugna entre el ser humano y la mar ha sido la fuerza motriz de la historia.

«En resumen, el efecto que provoca *Océano* es estimular una nueva manera de mirar a la historia de Europa, desde una perspectiva marina. Y espero que cambie la manera en que la gente piensa: es lo bastante bueno como para conseguirlo».

Felipe Fernández-Armesto, *Literary Review*

«Una obra magna y bellamente ilustrada que ofrece una fascinante perspectiva desde la que comprender la evolución y los logros de la humanidad».

BBC History Magazine

